

## EL CRECIMIENTO URBANO LATINOAMERICANO COMO DESPILFARRO TERRITORIAL. UNA LECTURA EXISTENCIAL DEL PROBLEMA

Horacio Gnemmi\*

Mucho leí y medité hasta decidir el enfoque que debía dar a esta lectura del problema que el título de la conferencia ya reconoce: *El crecimiento urbano latinoamericano como despilfarro territorial*. Intentaré, entonces, hacer una lectura existencial del problema planteado.

Las negaciones, en tanto exclusión de posibilidades, darán forma a esta instancia primera, y tienen el carácter y la intensidad de ser precisorias, justamente desde la negación como condición inicial, de mi enfoque y punto de vista del problema identificado. No soy urbanista; soy arquitecto y me ocupo y preocupo de y por la conservación del Patrimonio edificado. Desde ambos mundos, el de la arquitectura y el de la conservación, en su dimensión más amplia, es desde donde pretendo reflexionar sobre el tema propuesto, haciéndolo según mi posición, que «*valora sobre todo las acciones de los hombres y el efecto de las formas físicas sobre el espíritu*»<sup>1</sup>.

No presentaré casos. Por lo tanto, no me detendré en el análisis de situaciones concretas. Por el contrario, intentaré comprender y reflexionar sobre el tema y el problema identificado y reconocido desde el hombre y su contradictoria y compleja realidad, para lo cual, y no en forma analítica, presentaré algunos ejemplos a manera de prueba de cuanto diga.

No comparto la idea de un ser latinoamericano, en tanto intención generalizadora y definitoria de caracteres y situaciones; más bien entiendo a lo latinoamericano como a un complejo y variado mundo al cual nos une e identifica, entre unos pocos pero

---

\* Arquitecto. Universidad Nacional de Córdoba (Argentina).

<sup>1</sup> SCULLY, V., «Introducción», en *Complejidad y contradicción en Arquitectura*. Barcelona, Edic. Gustavo Gili, 1978, p. 13.

contundentes aspectos, la indiscutible, fuerte y definida instancia espacial que compartimos. Mientras escribo me viene en mente Macondo, producto de la imaginación tan real de García Márquez, caracterización que me resulta oportuna para precisar cuanto pienso al respecto sobre el mundo latinoamericano.

No pretendo generalizar, porque la generalización implica reducción, y la reducción conlleva omisión de cuanto no responda a las pautas y patrones según los cuales se intenta medir lo que se analiza y estudia. Cuanto proponga, entonces, implicará la caracterización de un fenómeno extendido, pero no con las mismas pautas, por cuanto si hay algo que distingue al mundo latinoamericano son los contrastes que lo dibujan y definen como inquietante, rico, complejo, contradictorio, pleno de claroscuros y misterios. Esto no debe ser ignorado cuando se reflexiona sobre el crecimiento de las ciudades latinoamericanas, por cuanto es un importante rasgo existencial de ineludible recurrencia a la hora de todo análisis que se pretenda realizar. Los ejemplos, por lo tanto, sólo serán eso, un muestreo que no pretende excluir otras situaciones, sino, por el contrario, con ellos sólo se intenta dejar constancia de algunas de dichas situaciones<sup>2</sup>. Sin duda que la ciudad que vaya construyendo conceptualmente aspira a presentar a una situación compartida y común a la mayoría de los países de América Latina.

## Una primera imagen sugerente

Las Leyes de Indias sentenciaban:

«...y quando hagan la planta del lugar, repartarlo por sus plazas, calles, y solares a cordel y regla, comenzando desde la plaza mayor, y sacando desde ella las calles a las puertas y caminos principales, y dexando tanto compas abierto, que aunque la poblacion vaya en gran crecimiento, se pueda siempre proseguir y dilatar en la misma forma...»<sup>3</sup>.

Desde el poder y con una particular visión, la autoridad constituida supuso consolidada en el tiempo una situación para la cual el modelo adoptado les resultaba el más oportuno, al punto tal de llegar a imaginar que en el futuro la ciudad podía seguir desarrollándose según los lineamientos ya precisados, independientemente de sus habitantes, quienes deberían adaptarse al mismo.

---

<sup>2</sup> El número de ejemplos presentados durante la lectura en el Congreso fue reducido para la publicación por razones de espacio y se tomó, casi con exclusividad, a la ciudad de Córdoba, en la República Argentina.

<sup>3</sup> *Leyes de Indias*. Recopilación de Leyes de los Reinos de Las Indias mandadas imprimir y publicar por la Majestad Católica del Rey Don Carlos II, Nuestro Señor, por la Viuda de Don Joaquín (3 tomos). Madrid, Edit. Ibarra, 1791. Tomo II, 19. Se trata del Libro llamado III, Título Séptimo, «De la población de Ciudades, Villas y Pueblos». Ley J.

Luego de las indicaciones sobre el tipo de lugar a elegir para la construcción de la ciudad, las que eran fundamentalmente de carácter higienista, se pasaba, en las citadas Leyes, directamente a la arquitectura sobre la cual cuanto se decía estaba referido a cuestiones práctico-higiénicas y simbólicas, como se puede apreciar en las siguientes citas:

«En los casos que hubiere licencia para fundar monasterios, nuestros Virreyes, Presidentes o Gobernadores... no permitan que se tome más sitio del que fuere precisamente necesario para la fundación y cómoda habitación de los Religiosos...»<sup>4</sup>.

«...se pongan a los Hospitales para pobres y enfermos de enfermedades que no sean contagiosas, junto a las Iglesias o por claustro de ellas, y para los enfermos de enfermedades contagiosas en lugares levantados, y partes, que ningún viento danoso pasando por los Hospitales, vaya a herir en las poblaciones»<sup>5</sup>.

«En lugares Mediterráneos no se fabrique el templo en la plaza, sino algo distante de ella, donde esté separado de otro cualquier edificio, que no pertenezca a su comodidad y ornato, y porque de todas partes sea visto..., esté algo levantado del suelo...»<sup>6</sup>.

Sobre el habitar, sobre la vida de la ciudad más allá de cuanto estuviese referido a aspectos como los señalados, no había ningún otro tipo de referencia, a excepción de la clara y neta diferencia que se establecía entre sus habitantes y entre estos y la autoridad. El anterior es un aspecto pocas veces remarcado, cuando en realidad es esencial y definitorio para comprender luego situaciones urbanas desde la perspectiva del habitante, a quien la legislación ya condicionaba en su modo de vida. Toda realidad urbana, en general, es la resultante de procesos complejos, en ciertos casos violentos, en otros lentos, razón por la cual la búsqueda de la coherencia como objetivo para reconocer y valorar resultados conduce al engaño de pensar que el «homo urbanicus» tiene pautas estereotipadas de pensamiento y de conducta. La ciudad latinoamericana no tiene porqué escapar a esta situación, y el crecimiento urbano no tuvo ni tiene tampoco entre nosotros una forzosa u obligada relación con la coherencia de la resultante del devenir, materializada en la forma urbana.

En nuestras ciudades latinoamericanas, la población y el crecimiento parecerían no haber tenido una relación justa y oportuna desde los comienzos de la segunda historia para algunas de ellas y para las culturas nativas en general, como se puede verificar en las anteriores citas, de las cuales se hace imposible inferir que se trataba de legislación para un determinado y particular territorio con culturas consolidadas

<sup>4</sup> *Ibid.* Tomo Primero, 18. Se trata del Libro I, Título Segundo, «De las Iglesias Catedrales, y Parroquiales, y de sus erecciones y fundaciones». Ley II.

<sup>5</sup> *Ibid.* Tomo Primero, 23. Se trata del Libro I, Título Cuarto, «De los Hospitales y Cofradías». Ley II.

<sup>6</sup> *Ibid.* Tomo Segundo, 19. Se trata del Libro III, Título Séptimo, «De la población de Ciudades, Villas y Pueblos». Ley VIII.

en el tiempo. Desde entonces, se pudo distinguir claramente dos mundos, el del poder y las decisiones en un caso, del de la vida real urbana, ajena en muchas situaciones al primero de los mundos reconocido.

Aquella intención primera, precisada en las Leyes de Indias, de que la ciudad se podía dilatar cuasi infinitamente a medida que la población fuese en aumento, evidencia una posición que, sin negar, omite la presencia condicionante y definitoria del hombre, sobre todo de ciertos hombres, sus puntos de vista y decisiones, más allá de las circunstancias, los cuales, habitante y circunstancias, van modelando y condicionando las respuestas, a algunas de las cuales, y por tal razón, la pretensión de la coherencia reduce, oculta y, por momentos, descalifica absurdamente.

### Hacia la precisión de una hipótesis

Lefebvre reconocía que *«la ciudad es obra, más próxima a la obra de arte que al simple producto material»*<sup>7</sup>. Como tal, entonces, debería agregarse que a la ciudad permanentemente se la dibuja y escribe, redibuja y reescribe, por cuanto ésta no es hoy y para siempre de la misma forma y carácter. Me resulta más que justa e inquietante la sutil y, a la vez, neta y aguda diferencia entre la ciudad como obra de arte y la ciudad como producto material, sólo que aquí creo necesario sumar a la idea de Lefebvre, que comparto totalmente, otra idea en cuanto a que no siempre la ciudad es una obra de arte, ya que para esto deben darse ciertas condiciones, existenciales y trascendentes, que confieran otra razón de ser al mero hacer o construir como respuesta a necesidades vitales y primigenias.

La obra de arte es un todo, el que, además de único, no admite alteraciones sin modificarse y verse, en algunos casos, peligrosamente alterada su condición de tal. El crecimiento urbano quizá pueda implicar algo de esto para la ciudad como un todo único e irreplicable.

*«El concepto de arte, por lo tanto, no define categorías de cosas, sino un tipo de valor»*<sup>8</sup>. ¿Cuál es el tipo de valor que encontramos en una ciudad referido a su condición de obra de arte? Para respondernos, podemos recurrir nuevamente a Argan, quien dice que: *«Éste (el valor) está siempre relacionado con el trabajo humano y sus técnicas e indica el resultado de una relación entre una actividad mental y una actividad operativa»*<sup>9</sup>. *«Certificar la calidad de una obra de arte significa certificar su autenticidad. La noción de autenticidad, fundamental para el estudio del arte, es*

<sup>7</sup> LEFBVRE, H., *El derecho a la ciudad*. Barcelona, Edit. Península, 1978, p. 64.

<sup>8</sup> ARGAN, G.C. y FAGIOLO, M., *Guida a la storia dell'arte*. Florencia, Sansoni Università, 1974, p. 8. (Traducción al castellano de H. Gnemmi).

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 8.

*también ella una noción histórica... lo auténtico es lo contrario de lo falso; y lo falso, en arte, es la cosa definida por aquello que no es, la contracara de la manera de un artista o de una época*<sup>10</sup>. El crecimiento descontrolado, abusivo y agresivo mucho tiene de falso en cuanto a su propio carácter y a los resultados que se obtienen, ante todo, en relación con la calidad de vida y, luego, con la ciudad en tanto obra de arte que ya hoy, como un todo, en general, no lo es.

Toda obra necesita, para gozar de tal condición, de la presencia de quien la vive, usa u observa; en tal caso, es cuando *«la ciudad se escucha como una música, de la misma manera que se lee como una escritura discursiva»*<sup>11</sup>. Es necesario recordar que la música que escuchamos no produce en nosotros las mismas sensaciones todos los días, y que dichas sensaciones varían de persona en persona; otro tanto sucede con la lectura y comprensión de cuanto se lee a través de la ciudad.

Otra precisión en pos de evitar la peligrosa generalización, referida en este caso a que hay músicas, ritmos, lecturas y poemas incomprensibles para muchos, para mayorías en algunos casos, expresiones éstas que han llevado al reiterado debate sobre qué es arte y qué es una obra de arte. Un aspecto a observar y evaluar en esta particular lectura del crecimiento urbano será precisamente si el mismo, en tanto despilfarro territorial, es música o interferencia molesta, para lo cual su modo de materialización arquitectónica y las conductas humanas serán referentes indispensables.

Hay un arte para hacer ciudad, consecuencia del cual nace la obra que reconocemos como ciudad, una a continuación del otro como constantes, en tanto no hay obra sin un arte que la posibilite, el cual, valiéndose de distintos recursos, técnicas, medios y estrategias, da como resultado siempre el mismo producto ciudad, el cual es, a la vez, siempre distinto. Me interesa especialmente ver y comprender cómo desde la arquitectura se hace ciudad, y cómo el hacer ciudad se desvirtúa como arte frente al crecimiento urbano descontrolado e irracional.

En muchos casos, el carácter diferenciante e identificador de la obra, de la ciudad, la que necesita del tiempo para concretarse y verificarse, implica, a través de éste, un crecimiento. Éste, el crecimiento, es la acción y el efecto de crecer, lo que significa que una cosa, y su lógico devenir, recibe aumento por añadirsele nueva materia, en tanto que el aumento implica el acrecentamiento o extensión de una cosa. Esto último, el aumento, conlleva, para la cosa, la idea de desarrollo en tanto incremento físico, intelectual o moral de la misma. Es decir, que la ciudad que crece debería desarrollarse ella y también sus habitantes, dado que es imposible pensar en un desarrollo unilateral, a lo cual debemos probar que realmente sea así, ya que a estar por la realidad pareciera no ser el desarrollo urbano y el desarrollo humano una

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 13-14.

<sup>11</sup> LEEBVRE, *op. cit.*, p. 75.

consecuencia necesaria del crecimiento de la ciudad. Deben darse ciertas condiciones y respetarse otras para que esto suceda.

Filosóficamente, se define al desarrollo como el movimiento hacia lo mejor, siendo ésta una concepción derivada de una idea aristotélica precisada luego con la visión propia del optimismo decimonónico. Si dejamos de lado la idea de alcanzar lo mejor, por discutible o, al menos, y en tantos casos, por lo dificultosa e imposible de su concreción, la pretensión de búsqueda y movimiento hacia algo, es decir, con alguna dirección y objetivo, con el fin de superar situaciones, me resulta válida e importante.

A estar por las evidencias, el crecimiento de la ciudad latinoamericana, en tanto obra de arte, y en su proceso, no siempre implicó ni implica aún forzosa y naturalmente desarrollo; por lo tanto, su música no es por todos comprendida, y su lectura se dificulta por momentos, precisamente por tratarse de un particular crecimiento, el que, más allá de la falta de homogeneidad -que no me preocupa- él mismo comporta despersonalización, ambigüedad y deshumanización.

Un primer borrador de la hipótesis que se propone podría sugerir entonces que el crecimiento urbano latinoamericano, generalmente, no implica desarrollo, tratándose en realidad y, en muchos casos, de lo contrario.

Justo resulta que nos preguntemos si dicho proceso en el tiempo tuvo siempre como constante a la característica de un crecimiento sin desarrollo.

Atentos a la situación reconocida por cuanto las Leyes de Indias ordenaban, podría inferirse que, desde los comienzos, todo estuvo planteado y dado para que la situación se definiera de tal modo, es decir, sólo un aumento por añadidura de nueva materia, por cuanto lo que preocupaba e interesaba era la resultante física, tal vez porque, en lugar de un derecho a la ciudad, como reclamara Lefebvre, se pensaba en el privilegio de vivir la ciudad que pareciera no pertenecía a sus habitantes, lo cual da como resultado concepciones y comportamientos muy distintos a aquellos imaginables en otras situaciones socio-culturales y espaciales.

Revisando cuidadosamente la historia de muchas de nuestras ciudades latinoamericanas, la que, por lo general, es parcial e incompleta, puede reconocerse que hubo en el tiempo, desde sus inicios hasta un cierto momento, un proceso de crecimiento que tuvo su carácter, significado y consecuencias y que, en su medida, implicó desarrollo, aunque me atrevería a calificar al mismo de unilateral, por cuanto fue físico y, sólo para unos pocos, también personal e intelectual. Ejemplos al respecto abundan en los distintos puntos de la América, por algunos llamada española, quizá y en parte porque se reclamara desde los comienzos que «*las obras públicas... sean de toda firmeza, duración y provecho, sin superfluidad...*»<sup>12</sup>. En este caso, estoy leyendo e interpretando el crecimiento desde el hacer arquitectura, cierta arquitectura, la oficial.

---

<sup>12</sup> *Leyes de Indias. Op. cit.*, Tomo Segundo, p. 55. Se trata del Libro llamado III, Título Dieciséis.

Hubo una ciudad que, de un modo equilibrado y, aquí sí, coherente, y lentamente, fue creciendo de una manera que, si se me acepta, calificaría de natural, en la cual las reglas de juego, aunque en algunos casos injustas, estuvieron dadas y se las respetaba. La imagen que los documentos gráficos nos permiten recomponer, con todos los reparos que sobre las mismas se pueda tener, en tanto miradas condicionadas, nos muestra lo que antes afirmaba.

Tal vez el punto que más interés remarcar aquí sea el equilibrio territorial que un verdadero sistema de ciudades fue estableciendo a causa de decisiones que tuvieron que ver con la subsistencia y la dominación, sin dejar de lado todo el cuidado que era posible en el hacer de su arquitectura.

Con el lento crecer de las ciudades, la situación fue gradualmente modificándose, por cuanto las circunstancias pasaron a ser otras. Para la arquitectura, el siglo XIX significó un cambio de lenguajes y, por cierto, de las necesidades, las que fueron paulatinamente aumentando. Tardíamente y en algunos casos, ya en el siglo XX, la ciudad sintió los efectos de otros modos de concebirla. En tales casos, sus resultados quedaron como pequeñas muestras dentro de un todo distinto que los alojaba o, cuando se trató de intervenciones en otras escalas, éstas fueron absorbidas e integradas por el efecto conciliador de la arquitectura decimonónica. En dichos casos, la expansión, el crecimiento, cuando lo hubo, implicó un desarrollo notable, el cual llegó a través del cambio.

La intención homogeneizadora, cuando no decididamente transformadora de los testimonios que, cuando pudo, ocultó o disfrazó -como en la Argentina, por ejemplo- llevó a que la imagen de la ciudad fuese aún armónica y equilibrada desde los referentes, no ya sólo de carácter religioso, como fueron casi en forma exclusiva las iglesias en los comienzos.

Se hace imprescindible, como consecuencia, identificar el momento a partir del que la situación cambió irreversiblemente, es decir, el crecimiento tuvo otro carácter y otras consecuencias.

Históricamente, la relación entre el poder y, consecuentemente, el mercado, y los modos de vida del habitante de América Latina, fue muy particular, por cuanto implicó de imposición transformadora de los reales modos de vida. Consecuencia de lo cual, la cosa pública, la ciudad y el crecimiento, se diferenciaron y distanciaron del habitar, de lo privado y del tiempo cultural. Quedaron de tal forma las políticas, el desarrollo, los modelos y estereotipos, por un lado, constituyeron un grupo ajeno a la marginalidad, pobreza y real dimensión del habitar que, por el otro, y desde los inicios, fue dando particular forma al proceso de crecimiento. La ciudad, por una parte, y lo urbano, por la otra.

Fue el particular proceso de industrialización que viviera América Latina la instancia que Lefebvre definiera como inductora de otro proceso inducido que incluyó el crecimiento con una dimensión, carácter, significado e impacto hasta entonces desconocidos. Desde entonces, se comenzaron a transitar caminos paralelos, experiencia ya vivida, pero en otros términos y condiciones. La industrialización y el



crecimiento, por un lado, y la urbanización y el desarrollo, por el otro. Desde entonces, la ciudad se desdobló, se desintegró como unidad compacta, y el despilfarro territorial caracterizó el crecimiento, al menos de aquellas que se atrevieron al desafío de la que prefiero reconocer como pseudo-industrialización.

Ajustando la hipótesis antes borroneada, podría sugerir ahora que el crecimiento urbano latinoamericano, desde el proceso de industrialización, no implica forzosamente desarrollo de las ciudades.

¿Qué fue lo que hizo posible tal situación?

## **Evidencias definitorias**

La autoevidencia existencial del sujeto pensante que Descartes precisara como «*Cogito ergo sum*» pareciera que, a partir del inicio del proceso de industrialización, adquirió, para la realidad latinoamericana, una dimensión distinta, caracterizada por el aislamiento, la marginación y, hasta en extremos, por el dramatismo, los que tiñeron de otro tono a la autoevidencia existencial, siendo éste, en muchos casos, oscuro, sin brillo y apagado.

La reflexión que, no con dificultad, fui haciendo, me llevó, en su proceso de construcción, a transitar un camino en el cual se hizo necesario, cuasi imprescindible, precisar, desde la dimensión existencial, cuáles fueron y cuáles son las razones que hicieron posible el despilfarro territorial en el crecimiento sin desarrollo de las ciudades latinoamericanas.

Una pregunta me inquieta: ¿Es justo y posible hablar solamente de despilfarro territorial cuando antes, y tal vez siempre, hubo un despilfarro humano?

## **Las historias de la historia**

Al particular modo como en América Latina asumimos a la historia, bien puede considerárselo una constante. Al mismo lo definen las rupturas históricas. La nuestra es, ante todo, una historia de rupturas.

La dependencia cultural, los modelos, los paradigmas, cada uno de incidencia particular en las diversas instancias históricas reconocidas, no siempre iguales ni las mismas para todos los casos, caracterizaron, y continúan haciéndolo, a nuestra cultura, la cual se presenta hecha de la sumatoria de momentos más o menos fuertes o definidos, no vividos por todos los países o vivenciados de formas diversas por los que los transitaron, pero que en todos los casos fueron haciendo que la historia pueda, en todos ellos, ser leída como un antes y un después de... La consecuencia más notoria



de una situación como la planteada es el fuerte peso dado en tal caso a circunstancias y situaciones ajenas, tantas veces no comprendidas, las que luego, una vez infiltradas y asumidas como propias, motivaron y motivan, hasta de modo caricaturesco, el desdibujarse permanente de nuestra cultura, de la cual parecieran rápidamente olvidarse rasgos propios, los que, en otras circunstancias y realidades, me atrevo a pensar que serían considerados inviolables. El cambio de dirección de nuestra mirada dejó sus huellas en la ciudad, en la cual se fueron dibujando un paisaje en el que sus dibujantes, destinatarios y observadores, se reconocían por cuanto había un cierto equilibrio entre el lento y, diría, normal crecimiento de la ciudad y el desarrollo de las mismas y de sus vecinos, relación que el crecimiento, el salvaje, fue desdibujando.

Y las historias de las historias, las que, hasta cierto momento, se iban tejiendo en diversas calidades, pero sobre una misma urdimbre, como extraordinaria, sutil e inesperadamente se tejen y combinan texturas y colores en tantos de nuestros países, de repente se vieron interrumpidas porque fue imposible seguir construyendo la historia como se venía haciendo, ya que la información, los modelos y las modas apetecibles fueron tantos que superaron nuestra natural capacidad de absorción, y -de diverso modo y grados de influencia- ahondaron más en la particular relación con el devenir. Así entramos en un proceso de universalización asumido, visto y valorado de diversos modos. Uno de ellos propone que:

«Lo universal de este filosofar no estriba en lo excluyente, sino en las inclusiones que universalizan las diversas expresiones del hombre y los frutos de su hacer. Se habla... de una concepción de lo universal, del mundo, de la globalización que no es ya, que no puede ser excluyente, sino capaz de incluir a las diversas expresiones de lo humano»<sup>13</sup>.

Si bien rechazo toda interpretación continuista de la historia, por cuanto puede significar de peligrosas consecuencias al ignorar u ocultar todo aquello que resulta ajeno al modelo de lectura, una historia echa de menos, en algunos casos opuestos entre ellos, los que dejaron como consecuencia fuertes improntas en la ciudad, cual marcas o señales, tienen, sin duda, sus consecuencias en el tiempo. Haberlas comprendido y asumido como advertencias y llamados de atención, quizá hubiese significado evitar posteriores efectos negativos para la ciudad. Para esto se necesita voluntad urbana o quizá, decididamente, se deba a que nuestra comprensión y vivencia de la historia y de la ciudad como latinoamericanos sea muy particular y distinta de otras. En tal sentido, la historia nos muestra que, para nosotros, el territorio no fue un problema que se debiera resolver en relación con la ciudad, y que ésta tuvo un poder soberano sobre aquél, el cual, en tal sentido y relación, no cuenta más que como espacio que se debe ocupar, no que se debe transformar, como correspondería en lugares para el hombre, lo cual hubiese hecho a la situación muy distinta.

<sup>13</sup> «Destaca Zea el triunfo de 'lo latino'», en *Reforma* (lunes, 26 de mayo de 1997). Edit. Cultura, 3C.

## La dimensión del poder

El poder no tendría porqué conferir «naturalmente» más autoridad que la que brinda la posibilidad y el privilegio de aplicarla en pos del beneficio común, para el provecho y el desarrollo de la comunidad y, en el caso de la ciudad, para el bien de los vecinos.

Desde los inicios de nuestra segunda historia urbana -digo nuestra en términos de compartir la condición de latinoamericanos, ya que no todos los actuales países vivieron una instancia precolombina, por lo tanto, asumo como propia la historia mesoamericana o incaica-, desde aquellos inicios el poder fue dibujando ciudades en las cuales él mismo se fue, no sólo poniendo en evidencia, sino que marcó pautas que incidieron en conductas y en modos de vida. Desde la Iglesia como institución, hasta el Estado, durante y después, fueron multiplicándose las expresiones de éste a medida que transcurría el tiempo y la burocracia iba lentamente generando la dimensión que actualmente tiene, absurda, hasta llegar a constituir un Estado dentro de otro Estado, una ciudad dentro de otra. Así, dichas instituciones fueron construyendo la imagen de una ciudad que, hasta y durante el siglo XIX, y aún avanzado el siglo XX, se presentaba como legible y equilibrada, siempre renovándose y aceptando en ella el fuerte peso que el poder confería a quienes lo detentaban y en la cual el territorio, aún sin ser tema de gran preocupación y cuidado, era la instancia que compensaba, preveía y marcaba diferencias.

Es muy común en nuestras culturas, por lo tanto en la historia de sus ciudades, que a los momentos de su devenir se los identifique con el nombre del personaje de turno en el poder, lo cual no constituye un hecho casual ni anecdótico y muestra, si se quiere ver, a un modo de concebir al poder, y que tiene su impacto en la ciudad.

Desde la industrialización tardía, si se la compara con la europea, la situación urbana se fue complejizando y agravando. Sin que los personajes que, históricamente, detentaban el poder por sus funciones, lo perdieran, se creó y confirmó nuevo poder a cada vez más personas, las que, desde la función pública o desde fuera de ella, actuaron y actúan en pos de sus intereses y con un total desconocimiento y/o desprecio y despreocupación hacia la ciudad como un todo, hacia la cosa pública. Consecuencia de esto fue la paulatina y acelerada pérdida de equilibrio, el crecimiento desmedido y desordenado, y la real falta de un desarrollo integral, urbano y humano, en armonía con aquel crecimiento. Observando los resultados, se deduce rápidamente que a un crecimiento caótico no puede nunca corresponder un desarrollo armónico e integral.

Con respecto a las instancias históricas, puede observarse cómo los modelos y las modas llegaron tristemente hasta ciudades y poblados ajenos a la industrialización, en las que, con la decidida intención de mostrar un cierto poder y capacidad, repitieron, al continuar haciendo a la ciudad, pautas ajenas, en casos absurdas y extrañas, al propio mundo y a la propia realidad.

Como por más que nos empeñemos en doblegar y dominar a la naturaleza, existen leyes del equilibrio que pareciera que «naturalmente» tenemos incorporadas,

el poder de los sin poder, conferido sólo por el número y no por el cargo, la función o el parentesco, fue dejando su impronta en la ciudad, haciendo cada vez más visible la dicotomía entre la ciudad de los funcionarios, la ciudad oficial si se quiere, y la ciudad de la gente, no ya de los vecinos, palpitante, inquieta, superadora de reglas y normas y de toda instancia oficial, la que desde la presión o por el propio peso de la realidad, logró, en muchos casos, oficializar su dimensión y carácter, sumándose, no integrándose a la otra, produciendo como resultado el despilfarro del crecimiento, al cual me interesa interpretar, ante todo, como humano, para verlo luego como despilfarro territorial. Quienes vieron esta oportunidad como única para sus fines políticos y/o económicos, son los responsables del crecimiento desmedido y descontrolado, ya que, si bien éste pareciera inevitable e incontrolable -digo pareciera-, el proceso de llegada de gente a la ciudad, no lo es -si se quiere- su localización e inserción en la misma.

«Sobre el fenómeno de la globalización se ha dicho suficiente, aunque por lo general casi siempre lo mismo. Pues éste, en cuanto tendencia que acorta distancias y lima diferencias, también llegó indefectiblemente, ¿por qué no?, a las ciudades latinoamericanas. Con sus variantes, sin dejar de lado los matices locales, es posible sentirse siempre rodeado de las cosas que no nos son básicamente necesarias, pero que necesitamos a diario. Porque nos las impusieron y nos enseñaron a necesitarlas. No hay ciudad que se precie de tal que no tenga una tienda de comida rápida de reconocido nombre, como es caso imposible pensar no oír hasta aturdirnos a la canción que ayer escuchamos en Buenos Aires, que hoy nos acompaña en un clima totalmente diverso en México y mañana, sin duda, estará con nosotros en Caracas. ¿Esto es bueno o implica agresiones a las culturas locales que, poco a poco, pero sin pausa, va comiendo sus raíces? Tal vez con una actitud muy propia de los habitantes de estas tierras, de nosotros podríamos, sin mucha reflexión previa, decir que así marcha el mundo, y no podemos bajarnos de la acelerada carrera que éste sigue sin correr serios riesgos. En parte es cierto, pero también corremos serios riesgos cuando, desde nuestro mundo, el que no maduró o no completó la modernidad, damos saltos de acróbatas, y tantas veces quedamos en el aire y luego caemos haciendo un estruendo que, hasta en el mundo desarrollado que nos desvela, se oye golpes que a ellos nos los desvela y poco preocupa. El salto y la posterior caída son consecuencias de perseguir a la quimera de lo ajeno, que, como tal, siempre es, para muchos, mejor»<sup>14</sup>.

<sup>14</sup> GNEMMI, H., «Aventuras urbanas, desventuras humanas», en *Material de lectura para el ingresante a las carreras de Arquitectura y Diseño Industrial*. Córdoba, Edit. Eudecor, 1997, pp. 2-19.

## **Finitud y trascendencia**

No es exclusiva del hombre latinoamericano su lucha con el carácter finito de la vida. Es un rasgo de la condición humana, una realidad que es un misterio, contra el cual todos, por un camino u otro, buscamos revelarnos.

Frente a esta realidad, la arquitectura y desde ésta la ciudad, y no inversamente, tienen la posibilidad, no infinita, pero al menos superadora de la definida y acotada finitud de la vida humana.

En el caso de Latinoamérica hay algo como un rasgo propio en esta situación, y está referido a la actual y aparente ignorancia, por parte de quienes detentan algún tipo de poder, referido a no advertir que la trascendencia de sus obras no se alcanza por ellas mismas, sino, por el contrario, ésta depende del ser humano, en tal sentido único capaz de percibir -no «naturalmente»- el sentido de la trascendencia. Sociedades alienadas, fuertemente castigadas por presiones económicas, descreídas de cuanto se les dice, es evidente que no pueden pensar más allá del diario subsistir y sólo interpretan a estas actitudes como actos de poder.

La falta de memoria, la negación de la historia, el poder conferido a lo banal y circunstancial, han hecho que contradictoriamente se dé la condición de trascendente precisamente a lo efímero. En tal sentido, el uso del territorio, el mal uso del mismo, desde la necesidad, el provecho, el usufructo personal, etc., llevaron a que el crecimiento se materializase de un modo que puede leerse como despilfarro territorial.

El crecimiento de la ciudad latinoamericana actual, aunque como proceso desmedido y descontrolado, es anterior, coincide actualmente con un momento particular para sus culturas marcado por una especial situación política, la que, aunque desde hace ya un tiempo se distanció de las dictaduras, vive hoy el proceso de soportar clases políticas corruptas que, día a día, por una razón u otra, son motivo de noticia. Advertí previamente sobre el peligro de generalizar; por lo tanto, no hablo aquí de todos los países de Latinoamérica, aunque cuando escribo pienso en Argentina, México, Ecuador, Colombia, como pruebas de cuanto digo. Este particular momento histórico se puede leer en la ciudad, descontrolada en su crecimiento, por más que, en muchos casos, existan Planes de desarrollo urbano, en los cuales el sentido de unidad, de la ciudad como un todo, se ha perdido a causa de la ligera, despreocupada e interesada actitud de sus autoridades y de las muchas preocupaciones que acosan a sus habitantes, quienes tienen otros motivos para ellos más trascendentes que el pensar si la ciudad crece o no ordenadamente.

«Adonde quiera que se dirigiese la mirada en aquellos primeros tiempos de la industrialización, sólo se apreciaba la lucha por la existencia como fenómeno superficial: las fábricas con sus chimeneas humeantes, las desoladas montañas de escombros de la producción, los barrios miserables que, por efecto de la afluencia de la población rural a las ciudades, se volvían cada vez más angostos. La meta que todos perseguían

huía velozmente en una espiral. Se perdía en la misma medida que se ganaba. El progreso, en su avance unilateral, no podía detenerse»<sup>15</sup>.

Hay otro rasgo que caracteriza en este sentido a Latinoamérica. Pienso que fuimos los primeros postmodernos, y aún sin haber vivido totalmente la modernidad. Por ejemplo, a la visión de la heterogeneidad de la vida, en tal sentido irreducible a ningún universalismo y al carácter autónomo, peligrosamente autónomo en muchos casos, para determinar su historia y su vida, se los puede encontrar en la reflexión de muchos filósofos de la postmodernidad indicados como características de la postmodernidad filosófica, características que nos son propias antes de tal reconocimiento.

La trascendencia de la ciudad latinoamericana impactada por un gran crecimiento está dada por el carácter autodestructivo de la misma y por mucha de la arquitectura dada como respuesta a este particular modo de hacer ciudad, arquitectura definida por el carácter de efímera que, en todo sentido, tiene. Sus formas, su lenguaje, sus materiales y sus procesos constructivos dan cuentas de un modo de pensar y de hacer para el hoy y despreocupado del mañana, donde lo casual y anecdótico pareciera ser un rasgo definitorio de las ciudades ya incapaces de mostrarse a sí mismas como por tanto tiempo lo fueron, sólidas, con personalidad definida y jugando un papel en un territorio no ignorado.

### Epílogo anunciado

El arte actualmente tiene como una de sus expresiones a las instalaciones. En tal sentido, la ciudad caracterizada por el crecimiento desmedido y descontrolado, bien puede ser considerada una instalación de particulares características, en la cual lo bello poco importa, así como el equilibrio, y quizá dichas instalaciones logren uno de sus objetivos, que es provocar reacciones, en muchos de nuestros casos de rechazo y desagrado. Poco de música tiene la ciudad como conjunto, crecida en el caos y rompiendo con toda estructura y superando toda posible, si es que la hubo, planificación tanto urbana cuanto territorial.

Sin duda que nuestras ciudades, afectadas por el proceso de industrialización, no tuvieron un desarrollo en el sentido total que éste implica, y tuvieron, sobre todo, un fuerte deterioro en la calidad de vida de sus habitantes, de las mayorías, no de las minorías, cada vez más privilegiadas. Lo importante es no cargar sobre la industria-

---

<sup>15</sup> KOKOSCHKA, O., «Mi vida», en *Filosofía, Modernidad, Posmodernidad*. Buenos Aires, Edit. Biblos, 1990, p. 89.

lización en sí misma las responsabilidades de un fenómeno que no sólo supera, sino que, en muchos casos, no le es propio. Me atrevo a calificar al problema como de carácter cultural, pero en dos sentidos distintos. El de la cultura del poder, por un lado, y el de la cultura de la sociedad, por el otro, las cuales no sólo son distintas, sino que se expresan de distinto modo y tienen distinto grado de responsabilidad.

«El elemento a analizar es el del estilo, la confección del discurso, el modo como inteligimos, y la forma como respondemos. Esa vía analítica sólo podrá desembocar en lo que es sabido: nuestro nominalismo, esa vocación por rotular las cosas antes que hacerlas, ese predominio de la palabra sobre los hechos. Y es ahí donde quedamos no sólo a mitad de camino del Occidente creativo, sino también de los árabes musulmanes»<sup>16</sup>.

Nuestro mayor despilfarro no es el territorial, sino el humano, consecuencia del cual sí puede leerse e interpretarse el otro, el territorial.

«América Latina está ahí, a mitad de camino en todo, contradictoria y poco consciente de que su esencia radica en portar todas las contradicciones: no exhibimos casi ninguno de los indicadores contemporáneos del poderío, nuestra invariable autoafirmación colectiva en todos los congresos y conferencias internacionales no es capaz de articularse en estructuras, y en la división occidental del trabajo cultural pareciera habérsenos confinado a algunas áreas de la creación artística y a la evasión por la música»<sup>17</sup>.

No pretendo, ni es mi objetivo, mostrar una imagen negativa, autodestructiva de nuestra realidad, sino, por el contrario, mostrarla tal cual es, para mí y ante todo, contradictoria y, por lo tanto, inquietante y cargada de misterios, contrastes y rasgos propios a los que el crecimiento desmedido afecta seria e irreversiblemente.

«La aventura urbana en nuestras ciudades latinoamericanas es maravillosa y corre el serio riesgo de convertirse en una experiencia «light», por emplear el modo de decir que muchos piensan que todos deberían entender, experiencia que las privaría -sin destruir materialmente a su Patrimonio construido- del color local que les da el modo de vida de sus habitantes; el olor que por ellas se expande producto de sus comidas típicas compradas aquí y allá, tantas veces sin pensar en los peligros del cólera; el ritmo apasionante e inquietante de tanto vendedor ambulante desconocedor de las reglas del «marketing»; y la actitud despreocupada de sus habitantes ajenos de tantas realidades y situaciones del mundo, pero felices porque tienen el privilegio de vivir en su mundo.

<sup>16</sup> DE IMAZ, J.L., *Sobre la identidad iberoamericana*. Buenos Aires, 1984, p. 378.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 383.

Esta es una verdadera aventura urbana, cargada de carencias, llena de injusticias, pero humana al fin. ¿O no es la vida del hombre con sus venturas y desventuras una ciudad en pequeña escala?

Hoy que está de moda buscar respuestas alternativas a cuanto por siempre se nos ofreció científicamente tabulado, ordenado y definido, bueno sería también recordarles a los habitantes de nuestras ciudades que no pertenecer es también ser, y que puede constituir un gran privilegio si se lo mide en términos de calidad de vida, de tranquilidad, de ritmo humano, de sabor y color propio de las cosas, de amistad, de encuentros, de fiesta, y de la naturaleza presente en nuestras ciudades, de un modo que tantos otros nos advierten como un preciado valor.

La aventura urbana está hecha de muchos sabores, pero el sabor a cosa fresca, natural y con tonada saboreada de nuestras ciudades latinoamericanas es un privilegio que muchas veces sólo reconocen los turistas que las disfrutaban y hasta nos envidian. ¡Vaya paradoja, y nosotros que los envidiamos a ellos!

Cuando no disfrutamos la aventura que la ciudad nos sugiere y propone, la vida urbana se convierte en una desventura por no saber aprovechar lo que tenemos y se nos ofrece sin más. Y esto no quiere decir que en la ciudad no haya mucho por hacer y mejorar, pero, ¿vamos a esperar a que todo esté perfecto para vivir?»<sup>18</sup>.

Mucho disfruto de la que llamo la aventura urbana en nuestras ciudades latinoamericanas y contemporáneamente continúo lamentando profundamente las desventajas como las del crecimiento descontrolado, desmedido y especulativo de nuestras maravillosas e inquietantes ciudades, el cual sostengo que no es culpa de sus habitantes, de nosotros, aunque algo tenemos de responsabilidad al actuar con desidia y no respetar y conservar aquello que tenemos, nos alberga y, en casos, orgullosamente aún nos representa.

---

<sup>18</sup> GNEMMI, H., *op. cit.*, pp. 2-19, 2-20.



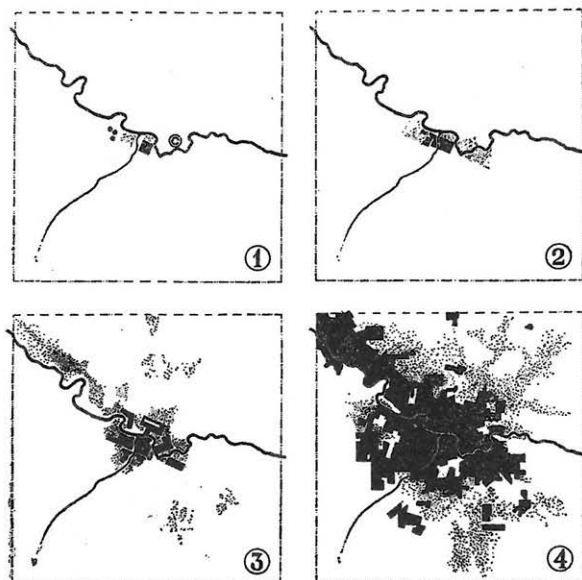


Ilustración 1. Crecimiento urbano de la ciudad de Córdoba en la República Argentina:  
1. de 1573 a 1810; 2. de 1810 a 1870; 3. de 1870 a 1900; 4. de 1900 a 1962.  
(TERZAGA, A., *Geografía de Córdoba. Reseña física y humana*, Córdoba, 1963, p. 282).



Ilustración 2. El crecimiento urbano y sus contrastes. Vista de Caracas, Venezuela.



Ilustración 3. Los momentos del pensar y hacer del hombre materializados en la arquitectura y sus contrastes. Dibujo de Mónica Bertolino, «Concierto de mediodía» (detalle). (*Córdoba, ciudad y desarrollo*, n° 2, año I, nov. 1994, p. 15).

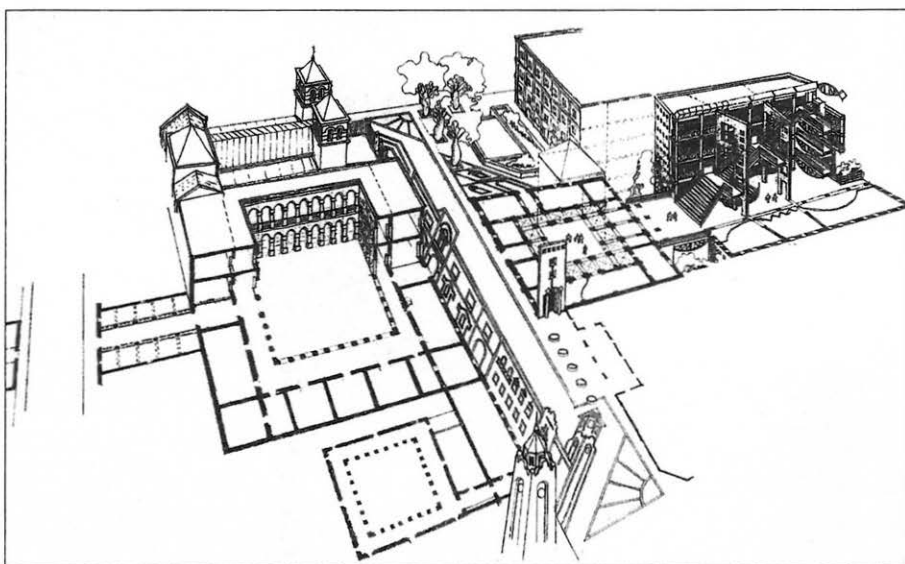


Ilustración 4. El proceso de crecimiento y cambio a través de la arquitectura. Proyecto de Miguel Angel Roca para la ampliación de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba. En este dibujo se observan otros momentos anteriores de la arquitectura, calle de por medio y el mismo edificio ampliado, que ponen en evidencia actitudes que también se observan en la ciudad.